

## II.

JÚPITER.

Corred , nubes tonantes , por las crestas del Olimpo; vibrad las chispas del rayo que llevais en vuestro seno, y reunid, reunid los dioses inmortales.

CORO DE DIOSSES.

Padre, padre Júpiter, hijo de Cronos, tú, que en la cima del Olimpo te levantas, con tu manto de éther, tu cetro de rayos, tu corona de astros, tu alfombra de nubes, ¿por qué nos haces descender de nuestros altos tronos; por qué en torno tuyo nos congregas?

JÚPITER.

Dioses inmortales, ¿teneis en mucho el culto de los hombres, sus votos, sus ofrendas?

LOS DIOSES.

No hemos recorrido tan largo espacio, desde el fondo de la Judea hasta los mares del Archipiélago; no hemos pasado por tantas metamorfosis para perder aquí, en la cúspide altísima de nuestra grandeza, el culto de los hombres, sin el cual no tendria nuestra existencia para qué ser. Dejar nuestros templos! Jamás, jamás. Júpiter es más Júpiter en Delos que en el monte Eta. Apolo brilla con luz más nueva en Delfos que en el Pindo, entre el coro de las musas. Minerva, la diosa de los oseuros ojos, no podria vivir si le faltase la ciudad, que ha iluminado con el jugo de su árbol favorito, del olivo, si le faltase Atenas. Diana, que los asiáticos creian un tronco de encina rematado en cabeza de vaca, recibió su hermosura, y su luz casta y pura, que los bosques aman allá en las aras inmortales de Efeso. Los dioses sin templos se mueren; son almas sin cuerpos.

JÚPITER.

Yo tiemblo, y se estremece la tierra en sus cimientos.

JUNO.

Ya adivino la causa de tu inquietud. Paseándote por los espacios en alas de tu águila, acompañado por Hebe, precedido de Íris, has hallado algun nuevo amor que te inquieta, alguna Dánae, alguna Europa....

JÚPITER.

Ven ahora con tus celos á perturbar mi pensamiento fijo en el propósito de salvaros á todos de la grande catástrofe que os amenaza.

MERCURIO.

¿Qué catástrofe, Júpiter, qué catástrofe? ¿Por ventura de nuevo las hondas cavernas de la tierra han abortado los Titanes? ¿Por ventura estos gigantes creen que van á llegar con aleve mano hasta el Olimpo? ¿Acaso han puesto colina sobre

colina, montaña sobre montaña, y nos amenazan, amenazan nuestro palacio ethéreo con el fuego de sus volcanes, cuyo rugido extingue una mirada de tus ojos de cielo?

JÚPITER.

No temo las fuerzas del infierno; lo que temo es la fuerza incontrastable del pensamiento.

VENUS.

Yo nada temo. Yo enlazo los astros en cadenciosas armonías; y de mi sonrisa toma su luz el Universo. Yo soy el amor. Nací como una inspiración del seno de las ondas plácidamente conmovidas por las áuras; meciéronme las blancas espumas; me levanté como la estatua eterna de la belleza, desnuda y casta; sobre la arena que á mis pisadas tornábase fecunda en flores y frutos, sobre las pintadas conchillas que esmaltaban el suelo, y entre los rumores del mar que moría dulcemente en las sonoras playas; himno triunfal de la naturaleza. Cuando mi cuerpo se dibujaba en los diáfanos horizontes; cuando mi seno latía con la primera emoción de la vida; cuando se co-

loreaban mis megillas al calor de los primeros amores; extática la mirada, se embelesaba en la contemplación de la luz, y agitados los labios, murmuraban una plegaria, como eco de las armonías universales, que sustentan y enlazan todos los seres, todas las cosas, todos los mundos. ¿Qué sería sin mí el Universo? Apagaríanse las estrellas. El calor que anima la naturaleza se convertiría en hielo, y el mundo en frío sepulcro. Interrumpiríase la renovación de los seres. Las esferas caerían yertas como una planta sin raíz. Cubriríanse los espacios de Océanos profundos de cenizas. Porque yo soy el amor que vivifica y mantiene, y renueva y perpetúa todos los seres en el hogar del Universo.

DIANA.

He recorrido la tierra; he atravesado las selvas. Los perros han ladrado como siempre á mi paso en la soledad de la noche. Los bosques, como siempre, se han conmovido al dulce rayo de mis miradas y al beso de mi aliento. Yo he asistido, como siempre, á los partos. Yo he contado los recién nacidos. Yo he oído sus amargos sollozos al recibir la triste dote de la existencia. Yo no he

visto, Júpiter, que haya nacido ningun mónstruo por el cual debamos atemorizarnos ¡ah! nosotros los dioses. Desde la serena region de los aires hasta el fondo de los valles, todo era calma, todo era reposo. ¿Cómo, pues, Júpiter, tu majestad serena se conmueve y se agita por un lejano peligro? La tierra está más serena, mucho más serena que el Olimpo.

JÚPITER.

Tú, Diana, tú has sido la Hecate sombría que reinaba en las frias tinieblas.

DIANA.

Es verdad.

JÚPITER.

Tú sabes cuánto nos ha valido el miedo al infierno para tener á los hombres en pasiva y segura obediencia.

DIANA.

Lo sé.

JÚPITER.

Pues tiembla, tiembla. Los hombres van á perder el miedo al infierno.

TODOS LOS DIOSES.

¡Qué horror!

MERCURIO.

Tiene razon nuestro rey, nuestro padre Júpiter. Si los hombres pierden el miedo al infierno, los dioses destronados tendrán que meterse á comediantes.

JUNO.

¿Qué va á ser de nosotros? Las nubes vendrán á envolvernos como un sudario. Los arroyos perderán sus melodías; los bosques perderán sus melancólicos susurros, cuando los dioses no iluminen los cielos y no toque Pan su flauta pastoril en los amenos campos.

MERCURIO.

Pero cuéntanos ¡oh Júpiter! la causa de tus

presagios. ¿Han disputado por ventura los filósofos sobre la verdad ó la falsedad de nuestra existencia? ¿Háse levantado alguno á decirnos que somos sombras y nada más que sombras?

JÚPITER.

¡Qué hermoso es el Universo lleno de dioses! Los hay en los giros del aire y en las tinieblas del abismo. Los hay sobre el sol y bajo las sombras. La fuente no correría si las náyades no agitasen con sus blancos cuerpos la serena linfa. Las olas no se alzarían vestidas de luminosos reflejos y coronadas de blancas espumas si la sirena y la nereida no palpitasen blandamente en su líquido seno. Hay un dios en cada árbol, un dios en cada flor, un dios en cada gota de rocío. Así el Universo está vivo, animado, desde las últimas arenas que al fondo del mar caen, hasta el fuego que corona la frente augusta del sol. ¿Y quieren helar el Universo? ¿Y quieren que sea como inmenso cadáver tendido en los espacios infinitos? ¡Oh abominación!

MERCURIO.

Llamemos todos los dioses de toda la tierra á nuestro socorro.

VULCANO.

Ruégote que no hagas tal. Los dioses feos, con caras de perro sobre el cuello y cien tetas al pecho, querrán tener primacía sobre los hermosos dioses de Grecia.

MERCURIO.

¿Y quién te mete á ti á hablar de hermosura, pobre é informe cojo? Sólo aquel que es bello puede comprender la belleza. Déjanos, pues, en paz, llamar á cuantos necesitemos; que el caso es supremo y apurado, según nuestro padre Júpiter.

VULCANO.

Calla. ¿No comprendes que van á beberse nuestro néctar, á devorar nuestra ambrosía, y á tragarse el humo reservado á nuestras hecatombes? Luego, hablando mil lenguas distintas, no vamos á comprendernos. Y el número, si hay en la tierra gerarquías, el número aumentará la confusión en el cielo; y seremos incapaces de defendernos, incapaces de levantarnos sobre nuestros enemigos.

JÚPITER.

Tiene razon Vulcano.

VULCANO.

Ya celebramos otra Asamblea de todos los dioses y salimos con las manos á la cabeza. Las viejas divinidades del Asia, irreconciliables enemigas nuestras, querian, por ser de oro, de plata, de marfil, preferencia sobre los dioses cantados por Homero en lengua griega, y esculpidos por Fidias en mármol pentélico.

MERCURIO.

Vengan, pues, los dioses griegos á salvarse.

TODOS LOS DIOSSES.

Aquí estamos.

JÚPITER.

Ya sabeis que no soy orador. Mi voz es el trueno, voz demasiado ruidosa para ser elocuen-

te. Mi argumentacion es el rayo, argumentacion abrumadora, mas no oratoria.

MERCURIO.

Habla como puedas. Pero no olvides que la palabra es la forma de la idea y la idea es la verdadera diosa del Universo.

JÚPITER.

¿No habeis notado que los sacrificios disminuyen? Hace pocos dias, cerca de Caphares, un navio naufragaba. Sus remeros habian ya perdido las fuerzas, y sus tablas se apartaban unas de otras en los choques tremendos con los escollos. Tendió el piloto á Neptuno los brazos, y el pensamiento á Júpiter. Invocó nuestros dos nombres unidos. Nos prometió holocaustos y sacrificios. Lo salvamos. En su angustia llamó diez y seis dioses; y á diez y seis dioses prometió sacrificios. Nadie habrá olvidado cómo entró su nave en el Pireo, ceñida de flores, saludada por cítaras, á la hora en que el sol se levanta sobre las montañas, y los sacerdotes vestidos de blanco, y las virgenes coronadas de verbena, corren á las orillas á de-

partir con el mar en himnos más sonoros que las brisas. Descendieron los marinos, libaron de lo lindo, y á nosotros nos ofrecieron por todo sacrificio, en vez de grandiosas hecatombes, un gallo pelado y algunos granos de incienso.

## MERCURIO.

Es verdad. Los sacrificios se acaban. Los dioses olvidan nuestros nombres. Los cánticos sagrados no resuenan ni bajo las bóvedas de los templos, ni bajo las bóvedas de los cielos.

## JÚPITER.

¿Sabeis por qué sucede todo esto? Pues sucede porque el trabajo quiere elevarse al lugar que ocupaba la divinidad. El trabajo dice que no ha menester para nada nuestro auxilio; que él, recogiendo en sus velas el viento, puede atravesar los mares; que él, destrozando con su hacha los árboles, puede penetrar en las selvas; que él, frotando un pedazo de madera con otro pedazo de madera, puede procurarse el fuego, ese fuego creador que produce las frutas, que pinta las flores, que se dilata con la sávia por las plantas,

que se encierra en el jugo de las uvas, que enciende de dia el sol, y dora por la noche las estrellas.

## APOLO.

¡Blasfemia! ¡Abominacion! ¿Para qué nos querrán, si todo eso consiguen? Nos quedaremos aquí inertes, sin que los poetas nos canten, sin que los sábios nos invoquen, sin que las vírgenes nos sonrian, sin que los escultores modelen nuestras efigies ni los arquitectos nos alcen templos rodeados de mirtos, de lentiscos y de adelfas.

## JÚPITER.

Ya se conoce, Apolo, que eres músico, en lo mucho que hablas y en lo poco que haces. Obras, obras, inmediatamente obras. Méenos palabras, méenos palabras.

## APOLO.

Habla y obedeceré. Yo soy aquel que mandó las flechas al campo griego en el sitio de Troya, cuando los reyes y los héroes no querian pelear,

divididos en grandes discordias. Dime dónde está nuestro enemigo y verás cómo súbito doy de él estrecha cuenta.

NEPTUNO.

¿Qué hace, Júpiter, tu rayo? ¿Para qué sirven, sino, mis ondas? ¿Por qué, por qué duermen los vientos?

JUPITER.

El rayo puede herir á uno ó dos individuos. Pero el rayo no puede matar á una especie. Tus ondas serian más eficaces. Pero correriamos el peligro, Neptuno, de ahogar á todos los hombres. Y ahogados todos los hombres, ¿de qué servirian los dioses?

NEPTUNO.

Matemos, y volvamos á crear.

JUPITER.

No sabes si nacerian más humildes. Además,

el poder está entre nosotros muy dividido. Nadie puede gloriarse de poseerlo por completo. Las pareas tejen fuera de nuestro alcance los hilos de la vida, y á su antojo los cortan allá en sus cavernas. Si tuvieras en tu mano la muerte ¿no la enviarías contra el pescador del Oreo que te robara audaz tu famoso tridente en el templo de Jeresta?

MOMO.

Hay más seso en la cabeza de las langostas que en la cabeza de nuestros dioses.

JUPITER.

¡Blasfemo! ¿Quieres ver cómo empleo en tí el rayo que debiera emplear en los mortales?

MOMO.

Si los mortales se rien de tus rayos, figúrate qué le pasará á los dioses.

## HÉRCULES.

Derribemos sobre los audaces las montañas. Yo las arrancaré de cuajo; yo las desarraigaré como si desarraigara un árbol, y aplastaré á los rebeldes. Manda y verás sus huesos diseminados, sus pieles colgadas al viento, sus miembros esparcidos en mil pedazos por la tierra, para festin sabroso de perros, de chacales y de cuervos.

## JUPITER.

Jamás corrió el Olimpo un peligro mayor. Me parece que lo siento conmoverse en sus bases más profundas. La piqueta de los jornaleros hará lo que no han podido hacer las ideas de los filósofos. Preparémonos, pues, á luchar. O los trabajadores ó nosotros. Libres ¡ay! escalarán los tronos, y nos arrojarán como pasto al negro olvido que se traga los séres y no los devuelve.

## LOS DIOSES.

Conjurémonos contra los trabajadores. Prome-

tamos por la cabeza de Júpiter no consentirles una hora de reposo. Caigan á nuestras plantas, caigan todos. La naturaleza dejaria de ser el hechizo, la magia, para ser la verdad. El mundo dejaria de tomar el filtro nuestro, que le embriaga. Muera el trabajador.